

## Historia 18—Ante Anás, Caifás y el Sanedrín

A Jesús lo siguió desde el huerto de Getsemaní la multitud vociferante. Caminaba con dolor, porque sus manos estaban fuertemente atadas, y estaba estrechamente vigilado.

Fue llevado primero a la casa de Anás, quien había sido anteriormente el sumo sacerdote, pero cuyo lugar ocupaba entonces su yerno, Caifás. El malvado Anás había pedido que se le permitiera ser el primero en ver a Jesús de Nazaret como cautivo atado. Esperaba sacar de Él alguna evidencia con la cual asegurar su condenación.

Con este propósito interrogó al Salvador con respecto a sus discípulos y sus enseñanzas. Cristo respondió:

«Yo he hablado abiertamente al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde los judíos siempre se reúnen; y nada he hablado en secreto».

Entonces, volviéndose hacia el interrogador, dijo: «¿Por qué me preguntas a Mí? Pregunta a los que me han oído, qué les he hablado» (Juan 18:20, 21).

Los propios sacerdotes habían puesto espías para vigilar a Cristo y reportar cada palabra suya. Por medio de estos espías conocían sus dichos y sus obras en cada reunión del pueblo a la que había asistido. Los espías habían procurado atraparlo en sus palabras, para hallar algo con qué condenarlo. Por eso el Salvador dijo: «Pregunta a los que me han oído». Id a vuestros espías. Ellos han oído lo que he dicho. Ellos pueden deciros cuál ha sido mi enseñanza.

Las palabras de Cristo fueron tan penetrantes y directas que el sacerdote sintió que su prisionero leía su mismísima alma.

Pero uno de los sirvientes de Anás, pensando que su amo no era tratado con el debido respeto, golpeó a Jesús en el rostro, diciendo: «¿Así respondes al sumo sacerdote?».

A esto Jesús respondió mansamente: «Si he hablado mal, testifica de lo malo; pero si bien, ¿por qué me golpeas?» (Juan 18:22, 23).

Cristo podía haber convocado legiones de ángeles del cielo en su ayuda. Pero era parte de su misión soportar en su humanidad todas las burlas e insultos que los hombres pudieran acumular sobre Él.

Desde la casa de Anás, el Salvador fue llevado al palacio de Caifás. Había de ser juzgado ante el Sanedrín, y mientras sus miembros eran convocados, Anás y Caifás lo interrogaron de nuevo, pero no obtuvieron ventaja alguna.

Cuando los miembros del Sanedrín se hubieron reunido, Caifás ocupó su asiento como presidente. A cada lado estaban los jueces; ante ellos estaban los soldados romanos guardando al Salvador; detrás de estos, la multitud acusadora.

Caifás entonces ordenó a Jesús que hiciera uno de sus poderosos milagros ante ellos. Pero el Salvador no dio señal de haber oído una sola palabra. Si hubiera respondido con una sola mirada que escudriñara el alma, como la que dio a los compradores y vendedores en el templo, toda la turba asesina habría sido obligada a huir de su presencia.

Los judíos estaban en ese tiempo sujetos a los romanos, y no se les permitía castigar a nadie con la muerte. El Sanedrín solo podía examinar al prisionero y dictar sentencia para ser ratificada por las autoridades romanas.

Para lograr su malvado propósito, debían encontrar algo contra el Salvador que fuera considerado criminal por el gobernador romano. Podían conseguir abundante evidencia de que Cristo había hablado contra las tradiciones judías y muchas de sus ordenanzas. Era fácil probar que había denunciado a los sacerdotes y escribas, y que los había llamado hipócritas y asesinos. Pero esto no sería escuchado por los romanos, pues ellos mismos estaban disgustados con las pretensiones de los fariseos.

Muchos cargos fueron presentados contra Cristo, pero o los testigos no concordaban, o la evidencia era de tal naturaleza que no sería aceptada por los romanos. Intentaron hacerle hablar en respuesta a sus acusaciones, pero Él aparecía como si no las hubiera oído. El silencio de Cristo en este momento había sido descrito así por el profeta Isaías:

«Fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca; como un cordero fue llevado al matadero, y como una oveja ante sus trasquiladores es muda, así no abrió su boca» (Isaías 53:7).

Los sacerdotes comenzaron a temer que fracasaran en obtener evidencia alguna que pudieran presentar contra su prisionero ante Pilato. Sintieron que debía hacerse un último esfuerzo. El sumo sacerdote levantó su mano derecha hacia el cielo, y se dirigió a Jesús en forma de juramento solemne:

«Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres Tú el Cristo, el Hijo de Dios» (Mateo 26:63).

El Salvador nunca negó su misión ni su relación con el Padre. Podía permanecer en silencio ante el insulto personal, pero siempre hablaba clara y decididamente cuando se ponía en tela de juicio su obra o su filiación divina.

Todo oído se inclinó para escuchar, y todo ojo estaba fijo en Él mientras respondía: «Tú lo has dicho».

En la costumbre de aquellos días, esto era lo mismo que responder: «Sí», o «Es como tú has dicho». Esta era la forma más fuerte de una respuesta afirmativa. Una luz celestial pareció iluminar el pálido rostro del Salvador mientras añadía:

«Pero os digo: Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder, y viniendo en las nubes del cielo» (Mateo 26:64).

En esta declaración el Salvador presentó lo inverso de la escena que entonces tenía lugar. Señaló hacia adelante, al tiempo en que ocupará la posición de Juez Supremo del cielo y de la tierra. Estará entonces sentado en el trono del Padre, y de sus decisiones no habrá apelación.

Trajo ante sus oyentes una visión de aquel día, cuando, en lugar de estar rodeado y maltratado por una turba alborotadora, vendrá en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Entonces será escoltado por legiones de ángeles. Entonces pronunciará sentencia sobre sus enemigos, entre los cuales estará esa misma multitud acusadora.

Mientras Jesús pronunciaba las palabras que lo declaraban Hijo de Dios y Juez del mundo, el sumo sacerdote rasgó su manto, como para mostrar su horror. Levantó sus manos hacia el cielo y dijo:

«Ha blasfemado; ¿qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?».

Los jueces respondieron: «Es reo de muerte» (Mateo 26:65, 66).

Era contrario a la ley judía juzgar a un prisionero de noche. Aunque la condenación de Cristo había sido determinada, debía haber un juicio formal de día.

Jesús fue llevado a la sala de guardia, y allí sufrió burlas y abusos por parte de los soldados y la chusma.

Al amanecer fue llevado de nuevo ante sus jueces, y se pronunció la sentencia final de condenación.

Una furia satánica se apoderó entonces de los líderes y del pueblo. El rugido de las voces era como el de bestias salvajes. Se abalanzaron sobre Jesús, gritando: «¡Es culpable, matadle!»; y de no haber sido por los soldados, habría sido despedazado. Pero la autoridad romana intervino, y por la fuerza de las armas contuvo la violencia de la turba.

Sacerdotes, gobernantes y la chusma se unieron para maltratar al Salvador. Una vestidura vieja fue arrojada sobre su cabeza; y sus perseguidores lo golpearon en el rostro, diciendo:

«Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te golpeó?» (Mateo 26:68).

Cuando la vestidura fue retirada, uno de la turba burlona escupió en el rostro del Salvador.

Los ángeles de Dios registraron fielmente cada mirada, palabra y acto insultante contra su amado Comandante. Un día aquellos hombres viles que despreciaron y escupieron sobre el rostro calmado y pálido de Cristo lo contemplarán en su gloria, resplandeciente más brillante que el sol.